

como está, vale la pena por varias razones: todos los poemas tienen un excelente nivel; las selecciones no se quedan cortas ni se alargan; cada escritor ha configurado una unidad, ya que no prevalece el criterio cronológico ni la "evolución poética". Se trata en verdad de cortes que dejan presenciar un limpio trabajo con la palabra, sustento que seguirá definiendo la poesía de cualquier hijo de vecino. Y aquí encuentro que uno de los logros del volumen es comprobar cómo cada escritor pelea con el lenguaje. Sus artes poéticas —explícitas o no— se definen en el nivel de la representación oblicua de las palabras frente a la nunca bien ponderada realidad. Si existe desencanto o desengaño, se da a ese nivel. No en balde J. M. Arango concibe la ciudad como un texto que lucha a brazo partido contra la mera taxonomía o el cotidiano repertorio de objetos y escenas. De lo que habla este libro es del rigor con que siete poetas asumen su oficio. Y como no tengo reparos respecto a los poemas, sólo me queda terminar estas líneas con una arenga. "¡Poetas excluidos; a tomar las armas!" Que en términos geopolíticos implica lanzarse a la batalla con *otra* antología de candela.

EDGAR O'HARA

Seis visiones sobre la política exterior de Betancur

Política exterior, ¿continuidad o ruptura? Reseña de un debate
Gabriel Silva Luján
Cerec-Ceic Uniandes, Bogotá, 1985,
172 págs.

Como lo indica el título, esta obra es la transcripción organizada de un seminario sobre dos años de política exterior del gobierno de Belisario Betancur, en el cual participaron nueve especialistas, colombianos y extranjeros: Fernando Cepeda, Gerhard Drekonja, Luis Jorge Garay, Marco Palacios, Dora Rothlisberger, Gabriel Silva, Klaus Schubert,

Álvaro Tirado Mejía, Juan Gabriel Tokatlián.

Si exceptuamos dos anexos finales —"El ingreso de Colombia en los No Alineados", que se debe a Juan Tokatlián, y "Contadora: balance de dos años", elaborado por Rodrigo Pardo—, Gabriel Silva asumió la delicada tarea de sintetizar y despersonalizar el pensamiento de los nueve participantes.

Digamos con el prologuista, Fernando Cepeda, que, a pesar del escrúpulo y, podemos garantizarlo, de las precauciones del autor principal, deja cierta insatisfacción o frustración la narración en estilo indirecto adoptada y que se traduce en las fórmulas repetitivas "unos dicen... otros piensan...". Esto se debe a que los participantes no presentaron exposiciones en forma sino que conversaron de manera más o menos improvisada. De ahí también algunas repeticiones que difícilmente se podían obviar.

Si omitimos los dos anexos señalados, la obra consta de seis capítulos: 1. Un poco de historia; 2. Los fundamentos de la política exterior de Belisario Betancur; 3. Política exterior, ¿continuidad o ruptura? 4. La política exterior y el proceso político nacional; 5. La política exterior frente al interés nacional; 6. Viabilidad de la política internacional. Son centrales los capítulos 3, 4 y 5.

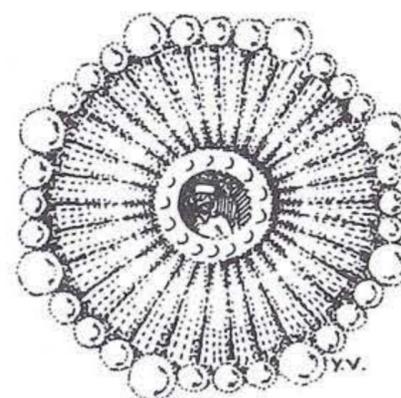
Es un trabajo de lectura cómoda, fácil e indispensable, por su singularidad para políticos, estudiosos en general y estudiantes de ciencia política en particular.

Dos interrogantes recorren la obra: ¿De qué política exterior hablamos? y ¿está ella de acuerdo con el interés nacional colombiano?

Para responder el primer interrogante, el autor nos ofrece tres puntos de enfoque: la realidad de la política exterior colombiana antes de Belisario Betancur y en particular durante el Frente Nacional; la relación existente entre el discurso presidencial y la realidad de esta política exterior; ¿es posible o deseable el consenso en la materia?

Conforme a la regla del juego antes enunciada, hay opiniones diver-

gentes sobre las características de la política exterior colombiana durante el Frente Nacional. Sin embargo, parece existir cierta convergencia para enfocar la política inmediatamente anterior a la de Belisario Betancur, la del presidente Turbay. De nuevo aparece el abanico de opiniones entre los que opinan que el presidente Betancur retoma el curso iniciado por Carlos Lleras y proseguido por Alfonso López (algo injustamente se silencia la obra de Misael Pastrana) y los que piensan que, al contrario, hay una verdadera innovación con Belisario Betancur y Rodrigo Lloreda.



Nos parece que en esta disyuntiva existe (págs. 28 y 29, en particular) confusión entre política alineada y política de bajo perfil. Una política puede ser alineada, en el caso concreto de Colombia con Estados Unidos, y tener a veces, y en cierto grado, alto perfil. La creación de la Flota Mercante, el papel de Colombia en la Conferencia Panamericana de Bogotá, al menos antes del 9 de abril, la participación en la guerra de Corea..., para referirnos a épocas remotas, no eran precisamente señales de un bajo perfil. Es probablemente más fructífera la hipótesis de que hubo una política exterior frentenacionalista que, al obligar al consenso a las dos principales fuerzas políticas, frenaba los impulsos nuevos e inclusive favorecía la fragmentación de una política exterior en parte privatizada. De ahí que los repetidos cargos hechos a la cancillería colombiana sean en parte injustos porque se crítica —con una generalización abusiva— el instrumento sin ver su funcionalidad dentro del sistema político adoptado y, por lo tanto, de las misiones asignadas. De ahí también que determinados elogios a las

prácticas internacionales de la Federación Nacional de Cafeteros nos parezcan un tanto exagerados. Esperemos que algún estudioso enriquezca nuestros conocimientos sobre el manejo real de la política cafetera internacional con una docta tesis, por ejemplo, sobre la triste experiencia de Pan Café S.A.

En cuanto a la relación entre las palabras y la realidad, sabemos desde antes de Maquiavelo que ciertas medidas políticas se alimentan de la simulación. ¿Quién, antes de devaluar la moneda, no desmentirá cualquier información al respecto? ¿Y que sólo a los países distintos de las grandes potencias se les criticará el no poner las cartas sobre la mesa?

Ciertamente, del dicho al hecho hay mucho trecho; distan no poco los propósitos de las realizaciones. Por ejemplo, nos parece que la política internacional esbozada por Belisario Betancur tropezó tanto con la férrea determinación de Ronald Reagan de impedir el libre juego a cualquier iniciativa que no se ajustara a su voluntad, como con el debilitamiento de organismos multilaterales de naturaleza diversa como los No Alineados, los 77, el Sela, la Cepal, en razón, sobre todo, pero no exclusivamente, de la crisis económica internacional. ¿Cómo promover una política que necesita la multilateralidad, cuando los organismos multilaterales, por un lado, y la voluntad de actuación de los estados, por otro, se debilitan? Los participantes en el seminario apuntan muy bien este cambio de guardia impuesto por las circunstancias en los países del subcontinente con los cuales hubiera querido asociarse Colombia. Por eso en repetidas ocasiones los hechos no siguieron al discurso: se vio claramente en el problema de la deuda externa esbozado en la Conferencia de Cartagena.

La ruptura del relativo y ambiguo consenso interno puede también ser un factor explicativo de esta distancia entre palabras y hechos.

El consenso viene a ser un punto clave de la comprensión de la política exterior colombiana y se relaciona con el interés nacional. En el pasado

estuvo más implícito que explícito. Hoy no existe consenso sobre la política exterior de Belisario Betancur. Es verdad que por la época en que se realizó el seminario tan sólo se oían críticas aisladas, como la del ex-canciller Carlos Lemos o la del presidente de Fenalco, Juan Martín Caicedo. Sin embargo, ¿existía en realidad el consenso? Sería preciso investigar quiénes participaban de dicho consenso en el sector político, en el de la información, en el de la economía. Creemos que aquí cabe la pregunta: ¿A quién favorece y a quién afecta tal o cual medida de política exterior?

Como se ve, son muchos los interrogantes que nos deja planteados Gabriel Silva con la diversidad de opiniones, de argumentos pertinentes a cada uno de ellos.

Muy bien logrado el debate, clásico en el análisis de las relaciones internacionales, de los nexos entre política interna y política externa. En el libro se alude con profundidad al tema de la paz, pero sólo de pasada a la política económica y financiera interna, en particular a la reactivación industrial. Su conexión con las relaciones exteriores de Colombia, con la oposición del sector financiero, de las empresas multinacionales, del comercio de importación-exportación, de las instituciones financieras internacionales merecería estudios más detallados y mayores explicaciones, si bien es cierto que escribimos en 1986, cuando existe más claridad al respecto.

Al leer el libro, que habrá que actualizar este año, compartimos con Fernando Cepeda el deseo de que para cada uno de los gobiernos colombianos se hubiera realizado un esfuerzo análogo. Que este primer esfuerzo no sea un esfuerzo aislado, sino que a él se añadan los pocos informes que sobre la materia se publican, de modo que el ciudadano colombiano no se sienta como un tibetano en América Latina.

PIERRE GILHODES



Maravillosas aventuras de la dialéctica

La guerra civil de 1885.

Núñez y la derrota del radicalismo

Gonzalo España

Bogotá, El Áncora Editores, 1985,
199 págs.

Este libro ofrece una narración detallada, la única escrita hasta ahora, de la guerra de 1885. Fue aquella una contienda de amplia significación política, pues permitió a Núñez romper el nudo gordiano de la Constitución de 1863, que exigía para su reforma el apoyo de la mayoría de los senadores de todos y cada uno de los nueve estados que conformaban los Estados Unidos de Colombia. Aunque el grupo independiente alcanzaba ocasionalmente la mayoría del parlamento, los radicales podían siempre bloquear el cambio sustancial de una constitución a la que se aferraban. Sin embargo, en vez de apoyarse indefinidamente en ese poder de veto o de aceptar las modificaciones que requería la carta constitucional, cuyos defectos todo el mundo reconocía, y cuyas virtudes se olvidaban ante la tozuda defensa integral que hacían de ella los radicales —alternativas que, a posteriori, parecen más sabias y prudentes—, éstos se lanzaron a una guerra para la cual no estaban preparados y cuando carecían de amplio apoyo nacional.

La guerra, como ocurre con frecuencia con las revoluciones que no escogen bien su momento y su enemigo, dio a Núñez la ocasión que esperaba, el país recibió una nueva constitución y los conservadores